

Lo que me pasó no tuvo que ver con la sorpresa de lo detenido, la espera, la incertidumbre, o el tiempo. Tuvo que ver con el encuentro con algunos nombres en un lugar inesperado, y la imposibilidad de interrumpir para poder preguntar un por qué. Tal vez sea una impresión personal, aislada en relación a otras experiencias o bastante específica. Es raro encontrarse con nombres como el de Santiago Cogorno, Leopoldo Presas, Claro Bettinelli, César López Claro, salvo si uno cruza la avenida 9 de julio y recorre las pocas cuadras que tiene la calle Arroyo, o circula por el mercado de arte secundario o ve algunas páginas de casas de subastas o simplemente mercadolibre. Pero no son nombres que circulen en el arte contemporáneo o en la boca de artistas contemporáneos, que sean referentes, que formen parte de la historia del arte que cuenta el MNBA, o lxs historiadorxs del arte local. Llegar a ese último cuartito dentro de la ya pequeña galería Mite fragmentada, era llegar también al fondo de arte argentino, tocar fondo... porque esos nombres responden o quieren responder a una historia patética, que avergüenza un poco, por comercial, por doméstica, un poco por esa pincelada repetitiva, por una fórmula del color, pero que hizo también que lleguen a cualquier pared de la clase media argentina, en un momento... los años 50 y 60.

La conversación que tuvimos con las chicas, mientras tomamos un trago casi extraño, iba de la mención de un nombre de un artista, de su lado o del mío, la descripción de sus pinceladas, paleta, formatos, temas, con un delicado uso del lenguaje (de mi lado trataba de mimetizarme, esforzándome y eligiendo mejor las palabras), para luego mencionar en que parte de su casa de la infancia se ubicada la obra que tenían de dicho artista, describir algo de su relación afectiva con ella y finalmente hablar de la obra como algo total, que nos llevaría luego a otro nombre, a otra obra, a otra parte de la casa. Con estos fragmentos de un “lado b” del arte argentino reconstruí algo de su vida doméstica: la casa tenía escalera, mucha madera, un abigarramiento de cuadros, casi todos con marcos...

Estando ya un poquito borracho creció mi entusiasmo, pero con mucha cordialidad las chicas me invitaron a dejar lugar al siguiente. Su entusiasmo era más limitado que el mío, que iba en crecimiento, o era un entusiasmo tal vez pago. Lo que pasó es que recuperé, casi milagrosamente, una manera para hablar del arte, o más realmente de la pintura. Se evidenciaba, por un momento, un mundo de un arte paralelo, demasiado real, con otros códigos, y que también habilitaba muchos otros. Que la conversación de la sala final diluya algo del efecto de las tres, o cuatro, anteriores salas, no quiere decir que me hayan resultado menores. La entrada a través de un pasillo, el recibidor, las linternas, las alturas del techo, y las dos salas pequeñas, con dos exhibiciones de obras pequeñas, aparte del espacio-bar final, dejaban en evidencia que ningún espacio es pequeño para un arte de la “escuela argentina”.

Santiago Villanueva